

## Poliartritis crónica

Entidad	Clínica	Laboratorio	Rayos X
Espondilitis anquilosante	Movilidad limitada de columna cervical y lumbar	HLA B27	Sacroilítis, sindesmofito
A. enteropática	Diarrea	Endoscopia	Rayos X colon
A. reumatoidea	Cuadro típico	ES FR, biopsia nódulo	Cambios típicos
ARJ	Micrognatia, muñecas	FR	Cambios en columna cervical y a. sacroilíacas
Síndrome de Reiter	Tríada, KDB	HLA B27	
LES	Artralgias, artritis, no deformidades	AAN ADNA Sm C3 C4	

## Artritis intermitentes

Gota, pseudogota, reumatismo palindrómico, hidrartrosis intermitente, artritis reumatoidea, enfermedad de Whipple.

## Entidades con manifestaciones articulares pero no incluidas en los diagramas

Tumores, osteomielitis, osteocondromatosis, osteocondritis disecante, distrofia refleja simpática, síndromes de hiper-

movilidad, hemangioma, sinovitis vello-nodular pigmentada, fiebre mediterránea familiar, sarcoidosis, polimiositis, artritis leucémica, osteoartropatía hipertrófica, enfermedad de Behcet, enfermedad de Lyme.

## Sección: Contribuciones especiales

## Palabras del doctor Jaime Villaquirán al recibir el Premio Ramiro Guerrero Torres, en diciembre 3, 1993

Presuntuoso de mi parte, el osarme a balbucir una definición del médico y su misión en la sociedad, ante este escogido auditorio. Numerosas y sabias disertaciones se han hecho en el transcurso de los siglos y se han efectuado conferencias, seminarios y diseñado currículos para tratar de determinar la clase de médico que en el correr de los tiempos, se ha creído necesario.

Sin embargo, hoy, al celebrar una vez más *El Día Panamericano del Médico*, quiero recordar al ilustre Rector doctor Carlos Arturo Cabal, cuando el día de dar comienzo a los estudios médicos en nuestra Universidad, certeramente decía: «... la tarea del médico rebasa en su finalidad esencial los problemas de la materia sombría y se adentra en el territorio de lo trascendente y en el misterioso reino del destino defini-

tivo del hombre. La finalidad de la medicina no se queda ni en el cuerpo ni en la salud, ni en el dolor ni en la vida, ni en la ley científica ni en el proceso biológico perecedero; sino que trabaja en ayuda del hombre para que prepare con plenitud la jubilosa resurrección que le está prometida.» «...Se atiende al cuerpo, porque dentro de él, en lo profundo de lo substancial, mora el espíritu y palpita el alma, para formar con él la unidad de la persona humana que se proyecta hacia lo infinito.»

Hacia el hombre, como persona humana, debe ir dirigida toda la energía, todo el entusiasmo, toda la acción del profesional que un día juró dedicarse a buscar por todos los medios lícitos y a su alcance, el bienestar de su semejante. Una vez más y quizás con mayor ardentía y empeño, se pretende en estos azarosos tiempos, en que los valores

morales se encuentran tan maltratados y alterados, quitarle su fuerza humana, su valor intrínseco que lleva consigo amor al prójimo, y entregarse día tras día y momento a momento a vivir al lado de la criatura humana que está atravesando por situación desesperada. Y dentro de este pandemionium se generaliza la idea de que el médico está también prostituido, pues toma en forma morbosa las partes por el todo y las excepciones por la regla.

Afortunadamente cuando se ha trasegado a diario con el dolor humano, mayor el del alma que el del cuerpo, se llega a la certeza que en lo más íntimo de la «singular dignidad de la persona humana, la cual es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma» como lo expresa la encíclica *Veritatis Splendor*, se encuentra el fundamento y compendio del manda-

miento del amor al prójimo.

Y si lo anterior es cierto para el género humano, se hace mayor realidad y cobra mayor fuerza en la vocación providencial del médico. Impenetrable el alma humana, pero, dentro de este orden de ideas, se puede estar seguros, que allá en lo más hondo y recóndito de su ser, el médico, fiel a su misión y a su destino, reserva ese hálito de sacrificio y entrega para sus semejantes, así su comportamiento o manera de ser, en ocasiones hagan suponer todo lo contrario.

Hablar del doctor Ramiro Guerrero, es llegar al convencimiento de que durante su trayectoria vital cumplió con su misión y apostolado de ser médico a cabalidad.

En forma por demás altruista y sin desdén los dictados de la ciencia y el arte que cultivó entrañablemente, supo conjugar los más altos valores humanos, aprendidos y legados por sus antepasados, cumplidos fielmente dentro de su hogar cristiano y dados a manos llenas, en un acto de entrega de amor al prójimo ya durante los largos años de servicio en el entonces incipiente Hospital Infantil Club Noel o desde la dirección del Hospital San Juan de Dios, que por tantos años regentó.

Por encargo del Gobierno Departamental formó parte de la primera junta que dio comienzo en 1938 a la construcción del que es hoy nuestro Hospital Universitario y le tocó pronunciar palabras laudatorias el día en que nacía para la ciudad, para el Departamento y para el país, nuestra Facultad de Medicina.

Fue médico y maestro y parece que este par de palabras se confundieron y amalgamaron en este instante, cuando no sólo por desempeñar la cátedra académica y sembrar los conocimientos adecuados de la ciencia en el campo de la deontología médica, dejó la enseñanza perenne y el ejem-

plo admirable de una vida pulcra e intachable dedicada al consejo oportuno y al consuelo innegable del que lo necesitara.

Cuando Hipócrates en su «juramento», se compromete consigo mismo, por decisión autónoma de su responsabilidad, a la práctica religiosa o cuasi-religiosa de la piedad (entendida como amor, estima y preocupación) de tratar como a sus padres a quienes le enseñaron el arte de la medicina; a compartir con él y darle cuanto llegare a necesitar; a considerar como a hermanos suyos a los hijos de su preceptor, se constituye en paradigma y prototipo de auténtica maestría, pues de manera consagratoria define lo que hace al verdadero maestro: ser tan, o tanto más, progenitor en el espíritu, como se es en lo físico.

Al recibir esta tarde el Premio Ramiro Guerrero, me siento abrumado y confundido, por lo que ello tiene de connotación y significado.

¡Inmenso galardón! Que desde el principio he pensado que me fue discernido, para resaltar ante nuestra sociedad la labor que todo el cuerpo médico ha adelantado y adelanta, en forma por demás silenciosa, callada y muchas veces incomprendida.

Al agradecer de todo corazón este honor, que en cuanto a mí corresponde, lo he tomado, más que como un reconocimiento a méritos adquiridos de mi parte, como el compromiso de exaltar el título de médico en lo que cabalmente significa y realiza a todo lo largo de la existencia, quiero dar las gracias al doctor Héctor Raúl Echavarría, Decano de nuestra Facultad de Salud y por su intermedio a todos los colegas que con su dedicación y ejemplo, diariamente estimulaban en mí los sentimientos de superación y cumplimiento de nuestras obligaciones profesionales.

Al doctor Oscar Iván Rojas, como ami-

go y colega, representante de esa institución que nació, creció y ahora continúa prestándonos sus invaluable servicios no sólo en la promoción de la educación, en la conservación y promoción de nuestra ecología, sino especialmente en el campo de la salud y del bienestar de nuestra gente. A la Fundación Fes, muchas gracias.

A la Familia Guerrero Velasco, conocida y admirada durante toda una vida por mis progenitores y familiares, nacidos en el mismo terruño, por haber considerado y tenido en cuenta mi nombre para tan inmerecido estímulo.

A usted, doctor Alex Cobo, con quien, por inescrutables misterios de la vida, he transitado los caminos de la docencia universitaria y del servicio comunitario, encontrando siempre apoyo y estímulo, aunque en el caso presente con sus generosas palabras haya rebasado usted los límites de mis merecimientos y atributos.

A todos los aquí presentes, familiares y amigos a quienes quiero hacer copartícipes de este homenaje, mi más sincero y cálido agradecimiento por haber querido estar hoy acompañándome y permitirme también que, de la misma manera que Hipócrates desde su politeísmo apoyó y sustentó la ética de su magisterio y misión, en la confiada y ejemplarizante fe en la protección de Apolo, Esculapio, Higiya, Panacea y todos los dioses y diosas, también yo, desde mi fe firme y confiada y mis convicciones católicas, invoque a quien sintetizó en amarás al Señor, tu Dios y amarás a tu prójimo como a ti mismo, toda la Ley y los Profetas: Jesús, el Cristo, para pedirle que su gracia me asista a fin de que, en lo que resta de mi existencia, yo no defraude vuestras generosas expectativas ni sea inferior a mi compromiso personal. ¡Muchas gracias!